Érase una vez Don quijote

Agustín Sánchez Aguilar

Aquel día nada más hacerse de día asomaron a lo lejos treinta o cuarenta molinos de viento Y entonces dijo Don Quijote

- ¡Ya tenemos aquí la primera aventura amigo Sancho! ¿Ves aquellos gigantes tan fieros? Pues pienso luchar con ellos hasta darles muerte para que dejen de hacer maldades
- ¿qué gigantes? - pregunto Sancho
- Aquellos que se ven allí a lo lejos ¿No ves lo largos que tienen los brazos?
- Esos no son gigantes sino molinos de viento y lo que parecen brazos son las aspas

Y es que como Don Quijote estaba loco de atar todo lo que veía le parecía igual a lo que había leído en sus libros Confundía los puercos con dragones las fregonas con princesas las posadas con enormes castillos y los molinos de viento con gigantes de tomo y lomo Sancho le repitió una y mil veces que lo que se veía a lo lejos eran los molinos pero ¿creéis que su amo le hizo caso?

- ¡Ya veo que tienes miedo! -exclamó don Quijote- Pero no temas que este combate es cosa mía

Y sin añadir nada más echó a cabalgar a toda prisa apuntando con la lanza a los gigantes de su imaginación Pero cuando llegó al primer molino y le clavó la lanza en el aspa el golpe fue tan fuerte que don Quijote y Rocinante cayeron rodando por el suelo en medio de una gran polvareda El pobre caballero vio las estrellas y se quedó más blanco que un fantasma En esto llegó Sancho gritando

- ¡No le decía yo que eran molinos!
- Calla amigo mío que todo esto ha sido cosa del mago Frestón -respondió don Quijote- El otro día se llevó mis libros por los aires y ahora ha transformado los gigantes en molinos para verme rodar por el suelo Pero juro por mi Dulcinea que ese brujo maldito pagará muy caro todo el mal que me está haciendo